

## EDITORIAL: PERVERSIÓN

Al ocuparnos en este número de “perversión” puede resultar de interés dedicar la nota editorial a un breve recorrido, desde ya incompleto, por las observaciones sobre el tema que ha hecho Freud a lo largo de su obra. Destacamos cuatro momentos en su intento de caracterizarla. El primero lo encontramos bien desarrollado en “Tres ensayos de teoría sexual”. Allí explica que una pulsión parcial en lugar de aportar su cuota para el logro del primado genital, se independiza, cobra predominio y traslada el primado a otra zona erógena que no concuerda con el fin genital. La perversión sería así expresión de un destino de la pulsión sexual, desviado por fijaciones a anteriores estadios libidinales. Desvíos que implican ya un cambio de zona, ya de objeto (homosexualidad, paidofilia) o de metas (búsqueda del dolor), así como ineludibles condiciones para el logro de la satisfacción (fetichismo). Estas primeras consideraciones arrastran consecuencias que han dejado su impronta en el modo de concebir la perversión. Por de pronto la palabra ‘desvío’ lleva implícito un supuesto de normalidad que, al no ser explicado, permite, con diversos argumentos, ser cuestionado. A la vez, y relacionado con ese supuesto de normalidad, la perversión pasa a ser caracterizada por la conducta sexual y no por los complejos psicodinamismos, aún no consabidos, que la entretajan. El único al que se le hacía lugar era el papel preponderante de la pulsión parcial, papel que se mostraba muy diferente al de la neurosis. Mientras en ésta el contenido inconsciente que puede sortear la represión se experimenta en el síntoma neurótico con intenso displacer, la actuación perversa se muestra saturada de goce. Este contraste dio lugar a la segunda consideración freudiana. La misma se resume en la famosa frase: “la neurosis es el negativo de la perversión”. Frase que también dejó su impronta. Durante mucho tiempo se le dio el sentido de que es la expresión directa de una pulsión parcial, de un fragmento de la sexualidad infantil que en la neurosis está reprimido. Esta diferencia lleva a preguntarnos por la relación de la perversión con el inconsciente ¿allí no actúa la represión o, a la inversa, el fenómeno perverso sostiene la represión de procesos inconscientes?

Es recién en “Pegan a un niño” donde describe rigurosamente cómo la pulsión, lejos de poder descargarse directamente, debe atravesar el complejo de Edipo y en ese derrotero hacer cambios y contracambios tan complejos y elaborados como en la neurosis y que hacen que la satisfacción perversa quede ligada a condiciones muy particulares que no se explican sólo por las exigencias de la pulsión parcial. En ese texto queda claro que el ‘desvío’ antedicho ya no atañe tanto a la conducta sexual como a lo que Freud alude como un “*desvío en el curso típico del Edipo*” (es el desvío de un “*curso típico*” y no de una supuesta normalidad). Desvío que lleva a que la perversión esté tan estructurada como una neurosis, aunque de un modo inverso. Y esto ya es otro modo de entender

que la neurosis es el negativo de la perversión. Hace responsable del "*desvío en el curso típico del Edipo*" a un trauma temprano que vincula a celos muy precoces, celos que excitan y llevan al predominio de la pulsión sádica dirigida al rival y enlazada a la representación 'pegar'. Esta primera fantasía sufre luego una transformación, en una torsión narcisista el sujeto se identifica al objeto y es ahora el pegado; se hace masoquista. De ese modo queda reprimido el deseo genital edípico prohibido y sustituido regresivamente por la moción correspondiente a la pulsión sádico-anal. En un tercer paso se borran los últimos rastros del complejo de Edipo eliminando toda referencia al padre y al propio sujeto. El resultado es una fantasía perversa susceptible de conciencia y propicia para el goce masturbatorio. A través de todos los cambios un elemento permanece invariable: la representación 'pegar'. En otras perversiones se dan los mismos procesos: cambian más de una vez sujeto y objeto, contenidos y significado, pero un elemento es constante (golpear, mirar, el fetiche, etc.) y a él se enlaza el goce. El síntoma neurótico y la actuación perversa son retoños de la vida sexual infantil que en ambos casos fue superada y reprimida; una diferencia es el signo opuesto de placer que las especifica. Resulta evidente que el análisis de una perversión nos obliga a rastrear el material psíquico inconsciente con la misma necesidad que en la neurosis. La amnesia de la sexualidad infantil también ha caído bajo la represión y con igual o mayor intensidad. Así como un recuerdo encubridor oculta y contiene lo esencial del desarrollo sexual infantil, lo mismo podemos decir de una actuación perversa. Su carácter bizarro o grotesco se debe a que es un fragmento aislado de vivencias y fantasías a las que mantiene reprimidas.

A partir de estas consideraciones, al caracterizar la perversión, se va desplazando el acento de la conducta sexual a los psicodinamismos que la sostienen. Se hace entonces necesario evaluar la relación de la perversión no solo con la pulsión sino también con el complejo de Edipo, con el inconsciente, con la represión. Además, en "Pegan a un niño" se destacan tres factores que juegan un papel importante: un trauma precoz vinculado a celos que trastornan la constitución narcisista (celos trágicos), la dominancia de la pulsión sádica y la identificación al objeto (identificación que, como toda identificación en la perversión, es imaginaria).

Resta aún establecer por qué, a diferencia del displacer del síntoma neurótico, la perversión, en su producto final, la actuación perversa, posibilita un efecto de goce. A ese esclarecimiento nos aproxima la cuarta consideración freudiana sobre las perversiones. Es la que vuelca en artículos como "El fetichismo", "La escisión del yo en el proceso defensivo" y en algunas páginas del "Esquema del psicoanálisis". Allí se explora en el concepto de renegación que, si bien no lo hace exclusivo de la perversión, le hace jugar en esta un papel especial.

Renegación corresponde al rechazo de una realidad cuya percepción es traumática. Ahora bien, en el decurso del Edipo hay un momento que reviste esa

condición. Es cuando el sujeto se enfrenta a la alternativa de aceptar o rechazar que la madre está privada de falo. Cuando ha habido un trauma precoz que ha comprometido el narcisismo, cuando la identificación imaginaria al falo es dominante y la misma es avalada por la madre, se dan las condiciones para desmentir la percepción de la falta de falo en la madre. Hay entonces un extrañamiento respecto de la realidad pero, a diferencia de la psicosis, no alucina un pene donde no lo hay, *“sólo ha emprendido un desplazamiento (descentramiento) de valor, trasladando el significado del pene a otra parte”* (Freud). Reniega la realidad al tiempo que la acepta y de ese modo se extraña de las consecuencias que implica tal rechazo. El precio es una escisión del yo. Conserva la ilusión del falo, que recrea en la actuación perversa y, al mismo tiempo, aflora una intensa angustia que trata de dominar y sobrecompensar recurriendo a la actuación, que cobra así un carácter compulsivo. Cada vez que la angustia lo amenace, la actuación perversa está allí para extrañarse de la misma.

El rechazo de la castración se acompaña de sostener la creencia en el falo materno. Es interesante que la presencia del falo en la perversión deba estar velada y la actuación perversa consiste en descubrirlo tras el velo. Se invierte así el desarrollo neurótico. Mientras en la neurosis la creencia en el falo materno cae con la intervención del padre y al descubrir la falta de pene en la mujer (Freud), el perverso reniega la percepción traumática de la ausencia, la misma queda velada (y ese es el papel del velo en la perversión), para luego hacer aparecer el falo en otra parte. Tal inversión, posibilitada por la identificación imaginaria, permite trocar la angustia en goce. No obstante la angustia participa de la perversión. El goce perverso brota de un trasfondo de angustia y dolor.

La actuación perversa es expresión de una organización muy complicada al servicio de necesidades no sólo libidinales, también sádicas y narcisistas que le dan un carácter compulsivo, y muchas veces adictivo, en pos de sostener un frágil equilibrio narcisista.

Más allá de estos lineamientos generales la perversión plantea otras cuestiones y problemas, sobre todo clínicos. Invitamos a la lectura de los artículos de este número que recorren distintas aristas sobre el tema.

*Alberto Loschi.*

*Por los editores de La Peste de Tebas*